

Bibliografía

LA NECESIDAD Y LA CONVENIENCIA DE ESTUDIAR A ESTADOS UNIDOS

Iztapalapa, año 2, núm. 4, Universidad Autónoma Metropolitana-Iztapalapa, México, enero-junio de 1981, "Estados Unidos: historia y coyuntura", pp. 3 a 309.

"Tan lejos de Dios y tan cerca de Estados Unidos." Es una frase tan repetida, tan copiada, que ya es lugar común. La sombra del coloso del norte sigue oscureciendo los destinos de su vecino del sur. Estados Unidos no deja de ser un tema constante de discusión entre los mexicanos pero, irónicamente, raras veces ha sido tema de investigación científica. Esta extraña contradicción ha conducido a muchas imprecisiones acerca de los estadounidenses y su país. Mientras que son incontables los libros, artículos y reportajes periodísticos escritos sobre México allende el río Bravo, hay una sensible ausencia de Estados Unidos en la obra de los científicos sociales mexicanos.

La imagen de Estados Unidos en México ha sido, desde hace muchos años, materia de manipulación por parte de liberales y conservadores, de la izquierda y la derecha. La historia escrita como propaganda tiende siempre a ser maniqueísta, cuando la realidad no lo es. Si hemos de ser honestos, la historia pasada y el futuro de México han estado y seguirán estando íntimamente relacionados con Estados Unidos; ya es tiempo de que los investigadores se sienten a estudiar en serio, con sentido crítico, y dejen de escribir visceralmente.

Como nos recuerda el gran historiador inglés E.H. Carr (en *¿Qué es la historia?*), es más fácil condenar y dividir la historia entre buenos y malos que analizar los orígenes de un fenómeno y explicar su carácter. Parece que esta situación ha sido reconocida recientemente por algunas instituciones mexicanas, entre ellas El Colegio de México y el CIDE. Este último, por ejemplo, con el Instituto de Estudios de Estados Unidos, ha venido a llenar un poco este vacío. Su constante análisis de la realidad presente de ese país ha sido muy útil. Ha evitado caer en el error frecuente de considerarlo como un monolito y ha podido aislar y analizar la existencia de distintos grupos de interés. No obstan-

te los avances del CIDE, sus análisis han sido sobre todo de coyuntura y ha faltado notoriamente el otro lado de la moneda, el análisis histórico.

Ahora, el número 4 de la revista *Iztapalapa* viene a sumar sus fuerzas a esta tarea relativamente recién empezada. Los artículos de investigadores del CIDE, la UAM, la UNAM y el CEESTEM (más dos artículos de estadounidenses) son una manifestación clara del creciente interés científico en esta materia. Es significativo que el tema del número de *Iztapalapa* que se comenta sea "Estados Unidos: historia y coyuntura", reconocimiento inequívoco de la necesidad de profundizar en ambas facetas del análisis.

Lo que nos desconcierta es la accidentada organización de los artículos incluidos, en la que no podemos encontrar ninguna lógica. El excelente artículo de Ma. Cristina Montaña, que podría funcionar como la introducción natural al tema de la revista, apenas aparece en la página 222. El de Martín Moisés López Garnica, también muy bueno, que da las bases históricas del surgimiento del imperio estadounidense, está al final. Los artículos de Adolfo Aguilar Zinser, Daniel Manny Lund y Seymour Melman, que proporcionan información fundamental para la comprensión de lo escrito por Luis Maira, J. Puyana y Sen y Velasco, aparecen asimismo posteriormente. Para el lector poco conocedor de la problemática de Estados Unidos, una organización racional de los artículos podría haber ayudado a una comprensión más cabal del tema.

El trabajo de Ma. Cristina Montaña, "La comprensión de la historia de los Estados Unidos como un elemento esencial para la liberación nacional", es muy sugerente y demuestra un conocimiento profundo del tema. Nos pone alerta frente al problema de la ahistoricidad que puede surgir en el estudio coyuntural de un fenómeno. En este caso, Montaña escoge y discute diversos problemas de la historia estadounidense que también afectan a la historia mexicana. Un factor muy positivo de este trabajo es el análisis de la historiografía estadounidense (tema poco atendido en México) y el señalamiento de las distintas corrientes reformistas y conservadoras. Empero, incurre en algunos errores menores, como identificar a Charles y Mary Beard con los marxistas (p. 240) cuando, aunque reformistas y partidarios de una interpretación económica de la historia (influidos por Marx), eran reconocidos historicistas. También

habría que señalar que la corriente de la que es máximo exponente William Appleman Williams, surgida a fines de la década de 1950, se conoce en Estados Unidos como "revisionista", porque plantea la revisión de la corriente neo-conservadora de Samuel E. Morison, A. Nevins, et al.

Montaño se esfuerza por desmitificar varios temas: la Guerra de 1847, la caracterización del Suroeste, los grupos nacionales y minorías, y las intervenciones de Estados Unidos en el extranjero, señalando claramente su complejidad y que no pueden explicarse mediante reducciones económicas vulgares (p. 235). El punto central de su argumento se resume así (pp. 234-235):

"El no abordar el estudio de la historia de Estados Unidos y su sociedad nos lleva a concebirlo como una gigantesca estructura monolítica y una excepción de los rasgos universales de la lucha de clases. A largo plazo, la capacidad de distinguir entre las fuerzas sociales y los intereses de clases en Estados Unidos sería un aspecto clave para el éxito de las luchas de liberación nacional en el hemisferio."

La autora demuestra precisamente cómo se logra este tipo de análisis cuando estudia los grupos raciales y las minorías, marcando una clara distinción entre los grupos (amerindios, afroamericanos, amerasiáticos y mexicanos), y negando la posibilidad de hablar del problema de las minorías en general. Correspondería señalar además, por nuestra parte, que las relaciones entre las distintas minorías y los subgrupos no siempre han sido muy cordiales.

El artículo de Carlos Marichal, "Los estudios latinoamericanos en Estados Unidos: academia y política", viene a subrayar lo mucho que se estudia a México y América Latina en Estados Unidos. El trabajo es muy informativo y presenta un desglose de los diferentes tipos de instituciones de estudio. Enfatiza un problema vigente tanto aquí como allá: la utilización de los intelectuales por parte del sistema dominante y las presiones políticas que resultan de ello.

Nos asombra la gran cantidad de profesionales estadounidenses que se dedican a los estudios latinoamericanos: en otoño de 1980 había 2 350 personas adscritas a la Latin American Studies Association (LASA), aunque muchos se dedican a literatura y lingüística; el contraste con los estudios mexicanos sobre Estados Unidos es abrumador. Además de las universidades, que engloban corrientes conservadoras y progresistas, Marichal aborda un tema de suma importancia, los famosos *think tanks*. De ese modo nos percatamos de que los estudios latinoamericanos no son tarea exclusiva de las universidades, sino también de instituciones privadas, financiadas por empresas privadas y contratadas por ellas o por dependencias gubernamentales para realizar investigaciones específicas.

Martín Moisés López Garnica, en su artículo "Los orígenes del imperio norteamericano (1870-1900)", hace un exhaustivo estudio de las condiciones en que surgió Estados Unidos como potencia imperialista. El trabajo tiene como objetivo central señalar las particularidades del caso. El autor pone énfasis en la expansión comercial y en la necesidad de ampliar los mercados de exportación para el desarrollo del imperialismo estadounidense (de 1870 a 1900) mucho más que en la exportación de capital o la búsqueda de materias primas.

La bibliografía que consultó el autor es impresionante y fue bien aprovechada. El desarrollo capitalista estadounidense aparece descrito con una gran riqueza de datos. Se analiza tanto la creciente lucha de clases que este desarrollo suscitó como el desarrollo político-ideológico y la política exterior.

El artículo de Luis Maira que abre la revista, "La presidencia de Reagan: los primeros 100 días", es excelente y proporciona mucha información sobre el equipo y la organización actuales de la Casa Blanca. Explica cómo funcionan los republicanos en el poder y qué representa su mayoría en el Senado (que estuvo bajo control demócrata por 26 años). Sin embargo, hay algunas cosas que se podrían haber explicado más cuidadosamente: por ejemplo, el empleo de la palabra *constituencies*, sin definirla para el lector común. La composición étnica, económica y social de un distrito electoral es un componente de importancia vital para la comprensión del sistema político estadounidense.

Por otro lado, cuando Maira examina el equipo de Reagan y el pensamiento de la derecha, su análisis es muy incisivo. La derecha aparece en toda su heterogeneidad, "una sumatoria conflictiva y poco coherente de distintas organizaciones" (p. 19). No hay duda de que Maira maneja muy bien su tema, respetando todas sus complejidades.

No sucede lo mismo en el artículo de Ma. Isabel Sen y Guillermo Jesús Velasco, "La administración Reagan y los proyectos de una derecha articulada como respuesta a la crisis norteamericana". En vez de mostrar un conocimiento profundo, como los autores arriba comentados, aquí se palpa más bien un conocimiento de manual. La derecha estadounidense aparece poco diferenciada, como un bloque, y nunca se expone clara y detalladamente su proyecto de respuesta a la crisis.

En la página 69, los autores dicen que "teniendo como punto focal de sus ataques al comunismo, McCarthy logró dar una expresión interna al fenómeno de la Guerra Fría". Este planteamiento es insuficiente; hay que profundizar e ir más allá. Los investigadores deben saber que el verdadero blanco de McCarthy y los republicanos que lo manipulaban no era los comunistas internos (grupo reducidísimo y poco influyente) sino los viejos partidarios reformistas del *New Deal*, todavía poderosos en el gobierno. No se limpió el aparato estatal de fantasmas comunistas sino de "nuevotratistas", acusándolos de ser "complacientes con el comunismo".

Si se quiere desglosar una derecha articulada desde el padre Coughlin (no "Caughlin") hasta la John Birch Society, pasando por McCarthy, hay que analizar la base económica de estas corrientes. En este artículo no está delineado qué es lo que distingue a la nueva derecha de la vieja, o a los neo-conservadores de los conservadores de principios de la Guerra Fría. Sobre todo ¿dónde se ubica Ronald Reagan? Viene de California, cuna de los John Birchers, pero utiliza los planteamientos de los neo-conservadores. Éstos (no sólo el muy citado Irving Kristol) surgen en condiciones distintas a las de los viejos conservadores; los separa el fracaso del keynesianismo, la guerra de Viet Nam, la estanflación y un mundo mucho más hostil. Este problema requiere análisis muy fino.

El artículo de Seymour Melman, "La inflación y el desempleo como producto de la economía de guerra", es brillante. Se trata de una teorización importante, muy bien documen-

tada, sobre el papel de la economía de guerra en la economía imperialista. De hecho, en el análisis que traza Melman podemos ver el efecto de la guerra de Viet Nam en la economía y nos lleva a replantear las teorías de Baran, Sweezy y Magdoff sobre el papel del militarismo y de las guerras imperialistas para el decenio de 1970 en adelante.

El autor demuestra cómo la economía de guerra ha afectado adversamente al desarrollo del capitalismo estadounidense. "Al apropiarse de la mayor parte del fondo nacional de recursos de capital y tecnología, el cual es finito, la operación normal de la economía militar ha provocado dificultades cada vez mayores para la economía civil" (p. 84). Melman relaciona el crecimiento de la economía militar (y de la economía de guerra mantenida en tiempos de paz) con varios factores negativos: la inflación, el desempleo y la disminución de la tasa de productividad de la industria estadounidense.

La metodología del artículo es muy eficaz: se presenta una hipótesis, se explica y se prueba con copiosos datos; luego se procede a formular otra hipótesis que amplía la anterior. Se va formando así un argumento muy sólido para comprobar lo dañino de la economía militar. Se llega a afirmar que "el desempleo civil relacionado con la economía militar sostenida de los Estados Unidos" alcanza de siete a nueve millones de empleos (p. 93), cifra devastadora. Según expusieron Baran y Sweezy en *El capital monopolista*, es precisamente el gasto militar, que absorbe una gran parte del excedente, el que evita que la economía se estanque. De acuerdo con Melman, quien no contradice aquí este análisis de Baran y Sweezy, escrito en 1964, la función y los fines de la inversión en la economía de guerra han cambiado.

Tomás Calvo Buezas, en su artículo "El movimiento campesino chicano: ¿lucha de clases o lucha de razas y etnias?", suena como propagandista del movimiento de los United Farm Workers de César Chávez. Hay una falta total de crítica objetiva. Además, al autor le gusta hacer generalizaciones grandilocuentes: que la famosa huelga de 1965 en California "dio comienzo al conflicto de lucha social más importante de toda la historia del movimiento campesino de los Estados Unidos" (p. 170). De ninguna manera restaríamos importancia al movimiento de la United Farm Workers, pero hay que mantener cierta perspectiva histórica y no precipitarse en los juicios. Los populistas deben estar dando vuelcos en sus tumbas.

Sin embargo, a pesar de su tono ingenuo, no deja de ser interesante el artículo de Calvo Buezas. Le preocupa mucho demostrar que Chávez no es ni "comunista ni anarquista ni socialista", que se mantiene fiel a los ideales de los Padres Fundadores, aunque sólo la derecha más reaccionaria maneja todavía esas acusaciones. El marco teórico es un poco confuso: para el autor, Chávez no es un revolucionario pero sí ha creado una revolución cultural, que es necesario explicar con más cuidado.

La discusión de la identidad cultural del chicano es sugerente y constituye un tema sumamente significativo y difícil. No hay duda de que existe una tensión (p. 176) entre la cultura chicana y el credo "americano". El latinoamericano se acerca al chicano a tientas, sin saber con certeza si es mexicano o estadounidense. El chicano mismo tiene grandes problemas de identidad (si es que ha aceptado la nomenclatura de "chicano", lo que en sí reviste ya cierta toma de conciencia). Una amiga

chicana me dijo que en México se siente más estadounidense, pero que en Estados Unidos se siente más mexicana. El artículo de Calvo Buezas resume un libro suyo que está a punto de publicarse en Madrid; será interesante ver si allí profundiza más estos temas, con sentido crítico.

Es muy buena idea incluir en una revista dedicada a Estados Unidos un artículo sobre la presencia soviética en América Latina (y ¿por qué no un número de la revista dedicado a la URSS?). El desarrollo de Estados Unidos como superpotencia no puede aislarse de la evolución de su rival. No obstante, el artículo de José Miguel Insulza podría haber sido más incisivo y mejor documentado. Nos deja con más preguntas planteadas que resueltas. No se puede adelantar en el análisis crítico y objetivo de Estados Unidos sin hacer lo mismo con la URSS. Insulza descarta la presencia soviética en América Latina (que no se reduce a la ayuda económica y militar); la presenta como todo menos como amenaza. Habla del "exceso de agresividad de uno [Estados Unidos] y exceso de cautela del otro" (p. 156). Deja de lado varios factores de la presencia soviética: el papel de los partidos comunistas prosoviéticos y la actuación de la KGB.

Nadie discute que la presencia soviética en América Latina no es comparable con su creciente participación en África y Asia. Sin embargo, nos parece un error metodológico aislar esa presencia en el resto del Tercer Mundo, de su actuación aquí. Así, en vez de ser el gigante oso ruso en Checoslovaquia y Afganistán (esperamos que no lo sea en Polonia), en América Latina es cordero. ¿Será que la URSS tiene políticas totalmente distintas para las diferentes regiones del Tercer Mundo, y piensa respetar el famoso "traspasamiento" estadounidense? Habría que investigarlo con más detenimiento.

"El significado de clase del servicio militar obligatorio y la crisis actual del imperialismo" se aborda en un artículo del profesor de la Universidad de California en Los Ángeles, Daniel Manny Lund. En este trabajo, cuyo ostensible fin es fundamentar la posición que debe tomar la izquierda estadounidense frente a la reinstalación del servicio militar obligatorio, hay apreciaciones muy buenas. El análisis del servicio militar obligatorio como "una intersección de intereses militares, políticos y de control social" (p. 247), y el de las clases generalmente inscritas en el ejército (minorías y clase trabajadora amenazadas por el desempleo) son excelentes.

No obstante, a mitad del artículo aparece una declaración de fe que sale sobrando. La posición ideológica del autor es obvia. Su caracterización de la "contradicción fundamental" recuerda mucho a Mao (*Sobre la contradicción y Sobre el tratamiento correcto de las contradicciones en el seno del pueblo*), y es más ideología que ciencia (aunque éstas no son totalmente separables). Las relaciones entre el mundo capitalista y el socialista son bastante más complejas de lo que él plantea: por ejemplo, la enorme inversión de las transnacionales en Europa Oriental y la transferencia de tecnología de avanzada a la URSS (véase J. Wilczynski, *The Multinationals and East-West Relations*). Su pensamiento parece reducirse a lo siguiente: la contradicción fundamental que rige al mundo es socialismo vs. capitalismo; la URSS es dominada por revisionistas, pero que todavía son socialistas; como los amigos de la izquierda son quienes están en contra del imperialismo de Estados Unidos, entonces la URSS es amiga de la izquierda estadounidense, haciendo caso omiso de su revisionismo. ¿Cómo puede un autor

que es capaz de elaborar análisis muy acertados, reducir las relaciones tan complejas a estos simplismos?

El artículo de Jorge Carrillo y Alberto Hernández "Las maquiladoras en la frontera: algunas consideraciones para su evaluación" está muy bien documentado y proporciona mucha información interesante. Los datos provienen de una investigación realizada por los autores sobre la fuerza de trabajo femenina en Ciudad Juárez.

Lo que en este número de *Iztapalapa* sí es un desastre, desgraciadamente, es la bibliografía sobre Estados Unidos, elaborada por Ana Pricila Sosa. Una buena bibliografía (no tenía que ser demasiado extensa) sería un apoyo muy valioso para la lectura de los propios artículos incluidos. Sin embargo, la que se publica no tiene pies ni cabeza. Esta plagada de errores de ortografía (no todos pueden ser de mecanografía) y de uso incorrecto de minúsculas y mayúsculas. Los nombres de los autores están mal escritos, e incompletos en muchos casos.

Dice la compiladora que no constituye una bibliografía exhaustiva; de eso no hay duda, pero hay una notoria omisión de libros clave. Muchas obras se repiten en diferentes incisos, mientras que las esenciales, de gente como William Appleman Williams, Walter LaFeber, Gabriel Kolko, Franz Schurmann, Clinton Rossiter, Richard Hofstadter, Edward Kirkland y H.U. Faulkner, para mencionar las faltas más penosas, no se incluyen. Esta bibliografía parece más bien una recolección accidental de obras que un trabajo para presentar al lector una guía de las mejores lecturas sobre los temas incluidos.

Debemos mencionar, antes de concluir, la selección de las fotografías que acompañan los artículos. Fueron escogidas por alguien con sentido humano y mucha sensibilidad y humor. Constituyen, en verdad, una adición valiosa a la revista. Sin embargo, pensamos que, en los casos en que fuera posible, debían llevar una explicación de su tema. No dudamos que al lector le interesaría mucho saber que, por ejemplo, en las páginas 16 y 23 uno está mirando nada menos que a Teodoro Roosevelt, el del gran garrote.

Aparte de algunas fallas, recomendamos ampliamente el número 4 de la revista *Iztapalapa*; representa un muy elogiado esfuerzo para estimular y animar en México el estudio científico de la historia y desarrollo actual de Estados Unidos. Los artículos incluidos demuestran sin lugar a dudas la trascendencia de esta temática en sus distintas facetas y la urgencia de seguir avanzando por este camino. □

Francie R. Chassen

UNA INCONGRUENCIA APARENTE: EL "PROGRESISMO CONSERVADOR"

Hugo Assmann (ed.), *El Banco Mundial: un caso de "progresismo conservador"*, Departamento Ecuménico de Investigaciones (DEI), San José, Costa Rica, 1980, 245 páginas.

El Banco Mundial, principal organismo financiero internacional, ha recibido poca atención de los estudiosos del mundo subdesarrollado y más específicamente de la región latinoame-

ricana. Si bien esta institución fue creada al mismo tiempo que el Fondo Monetario Internacional, de conformidad con los acuerdos de Bretton Woods, en 1944, la política del segundo siempre se ha destacado más. *El Banco Mundial: un caso de "progresismo conservador"* consta de trabajos de ocho científicos sociales que buscan, desde distintos puntos de vista, hacer un análisis crítico de la política del Banco Mundial, contribuyendo sin duda a la mejor comprensión de las funciones que cumple en los países subdesarrollados. Conviene señalar que dichas funciones en nada contradicen la política del FMI sino que la complementan.

Si bien el libro está integrado por artículos independientes, puede subdividirse en dos grandes partes: a) en la primera, Hugo Assmann (compilador), en el artículo "El progresismo conservador del Banco Mundial", se propone analizar críticamente la ideología de este organismo, basándose sobre todo en declaraciones emitidas por altos funcionarios de la institución y en documentos oficiales; b) en la segunda, los autores abordan el tema de la política del Banco Mundial en el sector agrícola y sus vinculaciones con la "satisfacción de las necesidades básicas de los pobres rurales", de gran importancia para los países centroamericanos.

En su trabajo, a título introductorio, el compilador hace referencia a algunos aspectos históricos importantes del Banco Mundial: la formación de su estructura interna; la evolución de su política de préstamos; el predominio de los intereses de los países desarrollados y en especial de Estados Unidos. Esa parte, más bien descriptiva, se cierra con un resumen de algunas de las críticas más frecuentes a este organismo, como los condicionamientos que impone por sus préstamos; su operación semejante a la de los bancos privados, así como aspectos negativos de los proyectos llamados de "nuevo estilo".

Lo esencial de este artículo, como afirma el propio autor, es su carácter analítico, concentrado en el estudio del llamado "progresismo conservador". Assmann define esta expresión, a primera vista contradictoria, como la conjunción de una *ideología progresista* con una *práctica conservadora* (p. 58). Sin embargo, en su análisis concibe al "progresismo conservador" como *ideología*, dividiendo su estudio en dos partes. Bajo las "estructuras de superficie de la ideología", Hugo Assmann destaca, del discurso del Banco Mundial, el manejo de los conceptos de productividad, crecimiento, seguridad y necesidades básicas. Como "estructuras profundas de la ideología" entiende aquellas que en el fondo "determinan de hecho las políticas", como las de expansión del comercio mundial y de las corrientes internacionales de capital, de la formación del ahorro interno, etcétera (p. 51).

Basado en el discurso oficial del propio Banco y en diagramas sobre la lógica de su política, el autor analiza algunos aspectos esenciales en el estudio de este organismo financiero internacional y que merecen destacarse:¹

i) la estrategia de desarrollo del Banco Mundial continúa te-

1. Los diagramas fueron presentados en un estudio del Congreso estadounidense sobre organismos financieros internacionales: *Hearings Before a Subcommittee of the Committee on Appropriations*, Cámara de Representantes, 95a. Legislatura, parte 5/II, 1978.

niendo como base el *crecimiento*, adaptado a las nuevas necesidades del mundo capitalista y de la expansión internacional del comercio y del capital² (p. 26). Es decir, el Banco Mundial, más que un organismo de ayuda, es una institución funcional a la actual fase del desarrollo capitalista.

ii) Aunque en el discurso se dé mayor importancia a la satisfacción de las necesidades básicas, en la política de préstamos del Banco Mundial “sólo aparece tangencialmente” (p. 49).

iii) Por último, se considera que la satisfacción de las necesidades básicas debe realizarse en beneficio y por medio del propio crecimiento, ya que se las vincula directamente con los aspectos de la *productividad* y la *seguridad* (pp. 28 y 51).

Por su conceptualización en el conjunto del trabajo, estas afirmaciones están sujetas a algunas críticas: por una parte, hay una incoherencia interna en el propio estudio, puesto que el “progresismo conservador” se analiza como pura ideología, cuando se lo había definido como ideología (progresista) y práctica (conservadora). Además, si se concibe el “progresismo conservador” como pura ideología, el concepto es contradictorio en su propia definición. Por otra parte, al restringir el análisis a lo *ideológico*, el autor utiliza inadecuadamente el propio concepto de ideología. Si aceptamos que “la ideología consiste, realmente, en un nivel objetivo específico, en un conjunto con *coherencia* relativa de representaciones, valores, creencias” y que “tiene precisamente como función, al contrario que la ciencia, ocultar las contradicciones reales, *reconstruir*, en un plano imaginario, un discurso relativamente coherente que sirva de horizonte a lo ‘vivido’ de los agentes, dando forma a sus representaciones según las relaciones reales e insertándolas en la unidad de las relaciones de una formación”, entonces dicho concepto estaría mal empleado en el análisis.³ Aunque se estudian ciertos aspectos de la ideología, se tratan también elementos de práctica concreta, como todas las medidas del Banco Mundial que se refieren al comercio, los incentivos al capital extranjero y al ahorro. Incluso se puede cuestionar que el concepto de seguridad, “para la cual no bastan sólo las armas”, como el propio autor lo señala, sea pura ideología o forme parte de la política concreta. Por consiguiente, si el análisis no se restringe a lo ideológico, sino que abarca la política del Banco en su conjunto, es decir, tanto aspectos ideológicos como de acción concreta, es insuficiente estudiar sólo el discurso oficial.

La política del organismo financiero en el sector agrícola está ampliamente cubierta en la segunda parte del trabajo. Empero, debido a que en la primera —la más general de la obra— no se hace referencia a la estrategia global de desarrollo del Banco Mundial, el estudio puede llevar a una interpretación equivocada. El Banco Mundial, contrariamente a lo que puede reflejar muchas veces su discurso, promueve una estrategia de *desarrollo industrial*, con la máxima apertura de las economías del Tercer Mundo. Todo el énfasis puesto en el sector agrícola no

2. “... Todo indica que tanto las estructuras de superficie como la estructura profunda de la ideología arrancan de la confrontación con el modelo de desarrollo como ‘crecimiento’ y se despliegan como sugerencias de ajuste, que giran constantemente alrededor de ese modelo.”

3. Nicos Poulantzas, *Poder político y clases sociales en el Estado capitalista* (16a. ed.), Siglo XXI Editores, México, 1978, pp. 263 y 265.

está aislado de este proceso, sino que forma parte de las funciones que dicho sector cumple en la dinámica de la acumulación en escala internacional. Aunque este último aspecto sea resaltado por algunos autores en los artículos de la segunda parte, se pierde en el contexto general del libro, pues está poco desarrollado en la parte más general sobre la estrategia global del Banco Mundial.

En la segunda parte del libro, la especial importancia que se da a la política del organismo financiero en el sector agrícola se explica por dos factores. Por una parte, el Banco Mundial es el principal prestamista para proyectos agrícolas en el mundo subdesarrollado. Este papel se hace aún más importante cuando se toman en consideración sus operaciones de cofinanciamiento y la influencia que la institución ejerce en otros organismos, factor este último destacado por Robert Carty en su trabajo “El caballo de Troya: la ‘Nueva Ayuda’ a los campesinos pobres”. Por otra parte, para los países centroamericanos cobra especial importancia la política del Banco Mundial en el área rural.

En ese contexto, la argumentación de los distintos autores considera dos aspectos centrales: la *agroindustria* y la *satisfacción de las necesidades básicas*. Claudio Torres, en su artículo “El Banco Mundial y las políticas de control de alimentos”, relaciona el desarrollo y la expansión de la agroindustria con la “crisis” de alimentos que surgió a principios de los años setenta. En “Las falacias de la ‘Nueva Estrategia’ del Banco Mundial”, este autor y Marielos Zúñiga también conceden una especial significación al desarrollo de la agroindustria y sus repercusiones sobre los campesinos, concibiendo la estrategia del Banco Mundial en el marco más general de la política de la Comisión Trilateral. En su artículo “El Banco Mundial y la agroindustria”, Cheryl Payer analiza cómo la política de esta institución promueve al gran capital transnacional, lo que refuerza aún más su dominio sobre las comunidades campesinas. Gran parte de los aspectos mencionados se recoge en el estudio “IncurSIONES del Banco Mundial en Centroamérica”, de Beverly Keene, que analiza el caso específico de la ganadería en esta subregión.

Frances Moore Lappé y Joseph Collins, en su artículo “El Banco Mundial: ¿ataque a la pobreza?”, y Cheryl Payer en “El Banco Mundial y los pequeños agricultores”, aunque también estudian el desarrollo de la agroindustria, buscan verificar si el discurso del Banco Mundial coincide con su política concreta para satisfacer las necesidades básicas.

Si bien cada uno de los autores enfoca desde su punto de vista la política del Banco Mundial en el área rural, hay algunos aspectos esenciales en los que coinciden. Los siete autores opinan que la política rural del Banco Mundial no beneficia a las capas pobres, sino que las perjudica. A pesar de que sólo algunos de ellos señalan el problema del uso inadecuado del dinero en los proyectos agrícolas, todos critican a la institución por no canalizar la mayor parte de sus recursos a los pequeños productores. Por otra parte, también se afirma que los “campesinos sin tierra” son prácticamente excluidos de la política rural del organismo financiero. Esto se debe a que el Banco Mundial, aunque otorgue préstamos a intereses más bajos, sigue los mismos criterios del crédito comercial, según los cuales el capital (tierra e instrumentos de trabajo) es la garantía de la deuda contraída.

Otro factor que evidencia las grandes limitaciones de la

política rural del Banco es su forma de concebir la reforma agraria, que no tiene como fin distribuir la tierra sino incrementar la productividad. Es decir, se mantienen intactas las grandes propiedades y se busca organizar la producción de los pequeños productores de tal manera que se incremente su excedente comercializable. Por consiguiente, la ideología de la "satisfacción de las necesidades básicas" refleja, en el fondo, la incorporación de la pequeña producción campesina al mercado capitalista, por medio de una mayor productividad. Este aspecto es compatible con otro objetivo de la política del Banco Mundial: "la pequeña revolución verde". Cambiando los métodos de producción, la nueva tecnología que se debería utilizar requiere de una gran cantidad de insumos producidos en el mercado capitalista: semillas, fertilizantes, maquinaria, productos químicos, etc. De esta manera, se induce a los campesinos al endeudamiento, lo que acelera aún más la concentración de la tierra y la proletarianización en el campo.

Por último, la mayor expansión del capital en el campo fortalece el desarrollo de la agroindustria, ya que este proceso ofrece incentivos a los "cultivos apropiados para el posterior procesamiento y la comercialización nacional" y principalmente en el mercado externo (p. 224). Por tanto, este proceso tiene como consecuencia una mayor productividad en función de los intereses dominantes de los países desarrollados y en detrimento de los niveles de nutrición de las poblaciones rurales del Tercer Mundo. O sea, los autores señalan que la política del Banco Mundial en el sector rural, contrariamente a su discurso, promueve la concentración y la transnacionalización del capital en el campo, empeorando aún más la situación de los "pobres rurales". En este sentido, Cheryl Payer afirma: "es inevitable que la 'pequeña revolución verde' que quiere impulsar el Banco en el sector de los pequeños propietarios, tendrá consecuencias similares a la Revolución Verde, salvo que será aún más desastrosa en términos de una mayor pobreza, desempleo, despojamiento de tierras y desesperanza" (p. 188).

Las consecuencias negativas de la política del Banco Mundial para el sector agrícola de los países del Tercer Mundo se hacen aún más graves si se considera que por medio de sus préstamos la institución atrae todavía más capital extranjero (con sus operaciones de cofinanciamiento) y también tiene poder para imponer condiciones a la política económica interna.

Los importantes factores señalados por los autores de este trabajo sobre la política del Banco Mundial en el sector agrícola tienen especial interés para Centroamérica y también para los países que están insertados de manera similar en la economía mundial. Sin embargo, es necesario señalar que la política del Banco Mundial también está presente en los países subdesarrollados que tienen una integración más compleja con el mercado internacional. En ellos, estos mismos aspectos críticos (la transnacionalización del capital y del comercio, la mayor apertura de las economías nacionales y los condicionamientos de política económica) no sólo afectan al sector rural, sino también a los ámbitos industrial y financiero.⁴ □

Mónica Baer

4. Para mayores referencias, en especial sobre la región latinoamericana, véase Samuel Lichensztein y Mónica Baer, "Un enfoque latinoamericano del Banco Mundial y su política", en *Economía de América Latina*, núm. 7, CIDH, México, segundo semestre de 1981.

REVOLUCIÓN Y LEGALIDAD

Charles C. Cumberland, *La Revolución Mexicana (Los años constitucionalistas)*, Fondo de Cultura Económica, México, 1980, 388 páginas.

El autor enfoca la revolución constitucionalista por antonomasia, encabezada por don Venustiano Carranza, a partir del Plan de Guadalupe (26 de marzo de 1913), contra el espurio gobierno de Victoriano Huerta. De ese modo, el lapso de estudio se extiende de 1913 a 1920, año en que muere asesinado en Tlaxcalaltongo quien fue Primer Jefe del ejército popular que pugnaba, en principio, por la vigencia de la Constitución de 1857. Carranza desaparece de la escena política siendo Presidente Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos, bajo los preceptos de la Constitución Política de 1917, promulgada precisamente bajo su mandato.

El período en cuestión es examinado con sus antecedentes y consecuentes de rigor. Los primeros fueron los inicios de la Revolución mexicana con Francisco I. Madero. Los segundos: el régimen de los revolucionarios sonorenses, con Álvaro Obregón al frente, quien, a su vez, llega a ser Presidente de la República, posteriormente al interinato de Adolfo de la Huerta. Cabe indicar que este libro póstumo de Cumberland fue completado y estructurado por otro u otros autores, lo cual debe tenerse en cuenta al hacer su apreciación.

Desde luego esta obra tiene dos cualidades notorias: nos aporta la versión de la Revolución mexicana desde el punto de vista de las fuentes documentales estadounidenses, examinadas por Cumberland con objetividad y rigor. Su segundo mérito estriba en que el autor es un liberal estadounidense que aspira a comprender a México, sin negar muchos de los puntos de vista tradicionales en los *scholars* de Estados Unidos cuando abordan los asuntos latinoamericanos.

La figura histórica de don Venustiano se ha venido enaltecendo en los últimos decenios, como notorio líder que encabezó las luchas de los pueblos mexicano y latinoamericano en general, por su libertad y autonomía, contra el imperialismo, que precisamente propicia la desestabilización política y los golpes de estado, como el de Victoriano Huerta y el de Pinochet. Quienes se rebelan contra un régimen golpista, aun con todos sus defectos, como el gobierno de Carranza, son los continuadores del régimen legítimo, institucional. Así, por reestablecer el de Francisco I. Madero, se entabló la lucha del pueblo con ardor formidable, impelido por la conciencia de castigar a los asesinos de Madero y Pino Suárez, Presidente el uno y Vicepresidente el otro, de la República.

El presidente Calles, al luchar de nueva cuenta por institucionalizar al México moderno, no sólo se reivindica, sino que pasa a ser de los grandes revolucionarios mexicanos, según el criterio oficial. Así, sus restos reposan a la vera de dos robustos institucionalistas, Madero y Carranza, en el Monumento a la Revolución.

En el capítulo titulado "Preludio del conflicto", Cumberland examina la lucha maderista contra el gobierno valetudinario de Porfirio Díaz y el papel que desempeñaron los grupos sociales más relevantes: los ejércitos (el federal y el revolucionario), las fuerzas políticas y las económicas. Después se refiere al gobierno del presidente Madero, su odisea y su fin.

Al abordar la etapa del gobierno de Victoriano Huerta, son valiosas las aportaciones de la historiografía estadounidense, sobre la actitud del gobierno del presidente Wilson hasta la desaparición política de Huerta, al ser vencido por las fuerzas revolucionarias.

Según el autor, el vencido ejército federal hace mutis sin pena ni gloria en la capitulación de Teoloyucan, ante las fuerzas revolucionarias del general Álvaro Obregón, el 13 de agosto de 1914.

Creemos que debió informar pormenorizadamente al lector sobre ese fin, como lo hizo, a veces con perspicacia, sobre importantes operaciones militares. Valía la pena, por lo demás: fue la segunda vez en nuestra historia que un movimiento revolucionario no sólo vence sino que disuelve, licenciándolo, a un ejército reaccionario. La primera fue en Calpulalpan, en diciembre de 1860, que dio fin a la Guerra de Tres Años. Dicha acción la presidió, al frente del ejército liberal, Jesús González Ortega, lo cual hizo posible que Juárez entrara a la ciudad de México en enero de 1861.

En tratándose de las fuerzas armadas de la revolución constitucionalista, la caracterización de Cumberland del general Francisco Villa es contradictoria y superficial y más le seduce como guerrillero. Empero, relata objetivamente grandes batallas en las que triunfó el Centauro del Norte, las que no dirigió ciertamente un comandante de guerrilla, sino el de todo un cuerpo de ejército que se llamó División del Norte. Este poderoso contingente militar fue organizado desde la base por el propio Villa y de su constitución ejemplar nos da la crónica John Reed. Por lo demás, las victorias villistas fueron las concluyentes en la caída de Victoriano Huerta.

Elogia Cumberland a Obregón como genio militar, y creemos que con buenas razones. Sin embargo, Obregón no tuvo que luchar doblemente, como Villa, contra sus enemigos de afuera y de adentro, en el curso de campañas llevadas a cabo, en buena medida, con recursos propios de villismo.

De igual modo, Zapata no le merece demasiada atención, a pesar de que cita a John Womack, con motivo de su célebre libro sobre el jefe del Ejército Libertador del Sur. Al parecer, Cumberland no comprende los casos tan claros de restitución de tierras a los campesinos de Morelos.

A propósito, al hablar de la imprecisión que había en el periodo preconstitucional (antes de 1917) sobre el problema agrario, afirma con ligereza que "la mayoría de los pueblos perdieron sus tierras mediante la aplicación de la Ley Lerdo y la Constitución de 1857, no mediante trampas de los hacendados. El problema no era de restitución, sino de creación" (p. 216).

Si hubiera tenido en cuenta el célebre discurso de Luis Cabrera en la Cámara de Diputados, allá por 1912, bajo el régimen del presidente Madero, para citar a alguien no zapatista, hubiera visto con más claridad el problema. Su festinada conclusión es que hubo problema agrario porque los gobiernos lo crearon y, sobre esto, debe concretarse que participa de tradicionales afirmaciones del partido conservador que, a manera de muletilla, siempre atribuyó el despojo de tierras al gobierno liberal de Juárez.

La ley de 25 de junio de 1856, o Ley Lerdo, que se refiere a la desamortización de bienes, en su artículo 8o. expresamente ex-

ceptuaba de la desamortización a los ejidos de los pueblos. Reyes Heróles con razón irrefutable lo menciona en su *Liberalismo mexicano* (tomo III, p. 636). Afirma, además: "Esto significa, y conviene recalcarlo, que, de acuerdo con la Ley de Desamortización, y en la práctica, como excepción, sólo se afectaron las tierras de parcialidades, pero no el ejido".

La Constitución de 1857 no negó esto porque los ejidos siempre fueron propiedad de la nación y, por tanto, no podrían ser desamortizados ni nacionalizados en último término. De ese modo, los ejidos y terrenos destinados al uso de los pueblos nunca fueron enajenados por el Soberano (el rey), ni administrados por el clero. Así quedó claro en las conclusiones de la Comisión Agraria Mixta, de la Secretaría de Fomento, en 1912, lo cual también se hace ver en el mismo libro de Reyes Heróles (t. III, p. 637).

Por otro lado, don Miguel Lerdo de Tejada, ministro de Hacienda, en su famosa *Memoria*, al informar de las adjudicaciones por desamortización que se hicieron en su periodo, indica que éstas fueron en su mayoría urbanas.

En el capítulo, particularmente interesante, de la soberanía de México, puesta en cuestión por la tradicional política de "tutelaje" (el autor lo entrecomilla en la p. 284), que Estados Unidos aspiraba, como siempre, a establecer sobre nosotros, el autor nos habla de la firmeza de Carranza. Dicho país intentaba tutelar a todos los extranjeros y oficiosamente fungía como su representante, muy en contra de la opinión y de las constantes protestas del Primer Jefe.

El secretario de Estado Bryan quiso presentarle a don Venustiano, por conducto de sus agentes, la posibilidad de que los extranjeros fueran liberados de las privaciones que sufría la ciudad de México; empero, lo desalentaron sus propios enviados, porque "Carranza estaba despreocupado de esa situación. . . no está afectado por ella ni dispuesto a comprometerse. Los extranjeros están ahí por decisión propia y, si permanecían, deberían encarar las mismas situaciones que encaran los mexicanos" (p. 284).

Ahora que tanto resquemor ha causado en Estados Unidos la nota mancomunada de México y Francia sobre la cuestión salvadoreña, conviene recordar que en el pasado aquel país adoptó una actitud en su forma semejante ante las difíciles condiciones en que se encontraba México allá por 1915: Estados Unidos no podía quedar indiferente mientras México se autodestruía, pues se sentía con deberes de amigo y vecino.

Las que siguen son palabras del presidente Wilson sobre los deberes de la Unión Americana (p. 285): "...prestar su activo apoyo moral a algunos hombres o grupos de hombres. . . que puedan reanimar al sufrido pueblo mexicano, para que los apoye en un esfuerzo por. . . erigir un gobierno en la ciudad de México. . . Por lo tanto, pública y muy solemnemente, exhorto a todos los dirigentes de las facciones de México, a actuar en forma conjunta para. . . el auxilio de su postrado país. . ."

Dentro del espíritu amplio y generoso de la declaración franco-mexicana aludida, está esa declaración de Wilson que no puede tildarse de intervencionista. □

obras recibidas

César A. Aguiar

Salario, consumo, emigración. Mercado de empleo y comportamiento demográfico en el Uruguay de los '70, serie C, núm. 6, Centro Interdisciplinario de Estudios sobre el Desarrollo de Uruguay (Ciedur), Montevideo, s.f., 57 páginas.

Danilo Astori

Tendencias recientes de la economía uruguaya, serie C, núm. 7, Ciedur, Montevideo, 1981, 104 páginas.

Celia Barbatto de Silva

El proceso de generación, difusión y adopción de tecnología en la ganadería vacuna. Uruguay 1950-1977. Resumen de un estudio de caso, documento Protaal núm. 59, Instituto Interamericano de Ciencias Agrícolas (IICA)-OEA, San José, 1980, IX + 73 páginas.

Osvaldo Barsky y Gustavo Cosse

Iniciativa terrateniente, cambio técnico y modelo institucional: el caso de la producción lechera en la sierra ecuatoriana. Resumen de un estudio de caso, documento Protaal núm. 60, IICA, San José, 1980, XV + 71 páginas.

Miguel Basáñez

La lucha por la hegemonía en México, 1968-1980, Siglo XXI Editores, México, 1981, 243 páginas.

Alfredo Eric Calcagno y Jean-Michel Jakobowicz

El monólogo norte-sur y la explotación de los países subdesarrollados, Siglo XXI Editores, México, 1981, 208 páginas.

Manuel Castells

Capital multinacional, estados nacionales y comunidades locales, Siglo XXI Editores, México, 1981, 127 páginas.

Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, A.C.

Tercer Mundo y Economía Mundial, vol. 1, núm. 1, México, septiembre-diciembre de 1981, 189 páginas.

Fondo de Promoción de Exportaciones no Tradicionales

Guía para exportar a Alemania Federal, FOPEX, Lima, 1981, 106 páginas y 3 cuadros desplegados.

Rosemary E. Galli (ed.)

The Political Economy of Rural Development. Peasants, International Capital, and the State. Case Studies in Colombia, México, Tanzania, and Bangladesh, State University of New York Press, Albany, N.Y., 1981, XIV + 270 páginas.

Rosario Green

Estado y banca transnacional en México, Editorial Nueva Imagen-Centro de Estudios Económicos y Sociales del Tercer Mundo, México, 1981, 430 páginas.

Alain de Janvry y Luis Crouch

Technological change and peasants in Latin America. Proyecto Cooperativo de Investigación sobre Tecnología Agropecuaria en América Latina, "Protaal", documento Protaal núm. 56, Inter American Institute for Cooperation on Agriculture, San José, 1981, X + 83 páginas.

Javier López Escárcega

Situación actual y perspectivas de la producción y consumo de maíz en México, tesis, Facultad de Economía, UNAM, México, 1981, 322 páginas.

Santiago Raúl Olivier

Ecología y subdesarrollo en América Latina, Siglo XXI Editores, México, 1981, 225 páginas.

Alejandro del Palacio Díaz

La discreta y esforzada corte de la monarquía revolucionaria, Compañía Editorial Impresora y Distribuidora, México, 1977, 143 páginas.
Estado, ciencia y administración. La sociedad administrada, Editorial Edicol, México, 1981, 102 páginas.

Terry A. Powers (ed.)

El cálculo de los precios de cuenta en la evaluación de proyectos (Estudios de casos con base en el Método Little-Mirrlees/Squire-van der Tak), BID, Washington, 1981, XII + 482 páginas y desplegados con las matrices del seminario-producto de Barbados, Ecuador, El Salvador y Paraguay.

Proyecto Cooperativo de Investigación sobre Tecnología Agropecuaria en América Latina

Technical change in the small farm sector. Results from stage I and research proposal submitted to the ministry for development cooperation, government of Holland for stages II and III, documento Protaal núm. 65, IICA, San José, 1980, IX + 60 páginas.

Jorge Federico Sabato

El agro pampeano argentino y la adopción de tecnología entre 1950 y 1978: un análisis a través del cultivo del maíz. Resumen de un estudio de caso, documento Protaal núm. 58, IICA-OEA, San José, 1980, VI + 96 páginas.

Hanns-Albert Steger y Jürgen Schneider

Wirtschaft und gesellschaftliches Bewusstsein in Mexiko seit der Kolonialzeit (Economía y conciencia social en México desde la Colonia), Wilhelm Fink Verlag, Munich, 1980, 652 páginas.

Frank Tenaille

Las 56 áfricas. Guía política, trad. del francés de Stella Mastrangelo y Ma. Teresa Sanz F., Siglo XXI Editores, México, 1981, 327 páginas.

José E. Torres Abrego

Contribución al estudio del subdesarrollo (de la monoproducción a la oligarquía moderna), edición del autor, México, 1981, 153 páginas.

José Luis Vega Carballo

Democracia y dominación en Costa Rica, col. Avances de Investigación, núm. 39, Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad de Costa Rica, San José, 1981, VI + 44 páginas (mimeo.) □